

La articulación y los límites de la metáfora *

Ernesto Laclau **

Resumen

A través del análisis de Genette sobre Proust y pasando por desarrollos de la lingüística estructural de Jakobson, este paper estudia de qué manera una retoricidad general es el único suelo posible para pensar el proceso de significación. La primera parte del texto postula la idea de que cualquier proceso de significación resulta de un interjuego de diferentes tropos en el que metáfora y metonimia se suponen entre sí. Sin desplazamientos tropológicos ninguna significación sería posible. En la segunda sección del texto, Laclau muestra cómo las lógicas políticas podrían ser diferenciadas en relación a diferentes desplazamientos tropológicos. El lugar de la heterogeneidad asume, aquí, un carácter diferente al descriptivo en *La razón populista*.

Palabras Clave: Retórica – Lógicas políticas – Hegemonía – Sorel – Gramsci

Abstract

The paper studies, through an analysis of Genette's reading of Proust and through a reading of Jakobson, the way a general rethoricity is the only ground possible to think about the process of signification. The first part of the paper puts forward the idea that any process of signification springs from an interplay of different tropes, interplay in which metaphor and metonymy supposes each other. Without tropological displace-

* Traducción de Daniel Groisman (danielgroisman@gmail.com)

** Fundador del Programa de Ideología y Análisis del Discurso (IDA) de la Universidad de Essex, Inglaterra.

ments any signification would be impossible. In the second section of the paper, Laclau shows how political logics could be differentiated in relation to different tropological displacements. The place of heterogeneity assumes, in this paper, a rather different character to that described in *The Populist Reason*.

Keywords: Rhetoric – Political logics – Hegemony – Sorel – Gramsci

I

EN un muy conocido ensayo,¹ Gérard Genette discute la cuestión de la interdependencia entre la metáfora y la metonimia en la estructuración de la narrativa de Proust. Siguiendo la obra innovadora de Stephen Ullmann,² muestra cómo, por encima del rol central otorgado tradicionalmente a la metáfora en la obra de Proust, hay otros movimientos semánticos de naturaleza típicamente metonímica cuya presencia es sin embargo, necesaria para que la metáfora logre sus efectos figurales. Una hipálage como '*sécheresse brune des cheveux*' —en lugar de '*sécheresse des cheveux bruns*'³— sería un típico ejemplo de tales desplazamientos metonímicos. Genette, no obstante, insiste desde el comienzo en que no se trata simplemente de reconocer la coexistencia de la metáfora y la metonimia en el texto proustiano, sino de mostrar cómo éstas se necesitan entre sí, cómo sin la una fundiéndose en la otra, ninguna podría jugar el rol específico que se espera de ellas en la constitución de una economía narrativa. En sus palabras: 'lejos de ser antagónicas e incompatibles, la metáfora y la metonimia se penetran y sostienen entre sí; y darle el lugar apropiado a la segunda no consiste en extraer una lista concurrente opuesta a la de las metáforas, sino más bien en mostrar las relaciones de "coexistencia" dentro de la relación de analogía en sí: el rol de la metonimia dentro de la metáfora'.⁴

Genette da varios ejemplos de esa interconexión. Así, se refiere a los numerosos casos en que 'campanario' (*clocher*) está relacionado metafóricamente (análogicamente) a 'espiga' (*épis*), o a 'pez', dependiendo del contexto: la iglesia-rural en el primer caso y el mar en el segundo. Esto

¹ 'Métonymie chez Proust', en Gérard GENETTE, *Figures III*, Paris, Editions du Sueil, 1972, p. 41-63.

² Stephen ULLMANN, *Style in the French Novel*, Cambridge, 1957.

³ Sequedad castaña de los cabellos, sequedad de los cabellos castaños (N. del T.).

⁴ GENETTE, *op. cit.*, p. 42.

significa que la relación espacial de contigüidad es la fuente de los efectos analógicos metafóricos. ‘Campanario-espiga (o *église-meule*) en el medio del campo, ‘campanario-pezuña’ al lado del mar, ‘campanario-púrpura’ sobre los viñedos, ‘campanario-brioche’ en el momento de los dulces, ‘campanario-almohada’ al comienzo de la noche, hay claramente en Proust un esquema estilístico recurrente, casi estereotipado, que uno podría llamar campanario-camaleón (*clocher-caméléon*). De este modo, hay una suerte de semejanza por contagio. La metáfora encuentra su sostén en una metonimia. Citando a Jean Ricardou, Genette enuncia el principio: ‘qui se ressemblent s’assemble (et reciproquement)’.⁵

Muchos más ejemplos de esta solidaridad esencial entre la contigüidad y la analogía son dados: aquel entre platos autóctonos y *vin de pays*, entre *peintures* y su marco geográfico, entre el deseo de mujeres campesinas y su entorno rural, entre familiares, entre imágenes sucediéndose una a la otra en metáforas diegéticas, entre paisajes y su reflejo en las puertas de vidrio de una biblioteca, etc. En todos estos casos vemos que, sin la implicación mutua entre la metáfora y la metonimia, sería imposible asegurar la unidad de un espacio discursivo. Proust mismo era consciente sólo parcialmente de esta implicación mutua y tendía a privilegiar el lado metafórico. Como dice Genette: ‘la solidaridad indestructible de la escritura, cuya fórmula mágica Proust parece estar buscando (“sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo”, va a decir en su artículo sobre Flaubert) no puede sólo resultar del vínculo horizontal establecido por la trayectoria metonímica; aunque uno no puede ver tampoco, cómo podría resultar sólo del vínculo vertical de la relación metafórica. Solamente el cruce de uno por otro puede sustraer el objeto de la descripción y la descripción misma de las “contingencias del tiempo”, esto es, de toda contingencia; sólo el entrecruzamiento de una red metonímica y una cadena metafórica asegura la coherencia, la cohesión necesaria del texto’⁶.

Veamos cómo tiene lugar este entrecruzamiento. Es central aquí la estructura de la ‘memoria involuntaria’. Aparentemente tenemos, en el mecanismo de reminiscencia, el caso de una metáfora pura, vaciada de cualquier contaminación metonímica (el sabor de la *Madeleine*, la posición del pie en el pavimento irregular, etc.). Pero el carácter puntual de esa memoria analógica es inmediatamente desbordado. Como lo muestra Genette, sólo

⁵ *Op. cit.*, p. 45. Literalmente el principio significa “quienes se parecen se juntan (y recíprocamente)”. El dicho equivalente en español es “Dios los cría y ellos se juntan” (N. del T.).

⁶ *Op. cit.*, p. 60.

retroactivamente el análisis encuentra que la reminiscencia empieza desde una analogía que aislaría como su 'causa'. 'De hecho, la verdadera experiencia empieza, no al captar una identidad de la sensación sino con un sentimiento de "placer", de "felicidad", que aparece primeramente sin la noción de su causa'.⁷ A pesar de que los ejemplos en *Swann* y en *Le Temps Retrouvé* difieren en su despliegue, el punto esencial en ambos es que la cadena de reminiscencias va, de una manera metonímica, mucho más allá de la analogía original (en *Swann*, la taza conduce hacia la reminiscencia de la habitación, desde la habitación hacia la casa, luego hacia el pueblo y desde ahí hacia toda la región). '(L)o esencial acá es notar que esta primera explosión [el detonador analógico] está también acompañada necesariamente por una especie de reacción en cadena que procede no por analogía sino por contigüidad y que es precisamente el momento en que el contagio metonímico (o para usar el término de Proust, la irradiación) sustituye la evocación metafórica'.⁸

Para Genette es este entrecruzamiento entre la metáfora y la metonimia el que asegura que haya una narrativa. Si hubiésemos tenido sólo la dimensión metafórica, *À la recherche du temps perdu* no habría sido una novela sino una sucesión de momentos líricos sin ningún encadenamiento temporal. Así concluye: 'Sin metáfora dice Proust (aproximadamente), no hay verdaderos recuerdos; agregamos por él (y por todos): sin metonimia, no hay encadenamiento de recuerdos, no hay historia, no hay novela. Ya que es la metáfora la que recupera el Tiempo perdido, pero es la metonimia la que lo reanima, la que lo pone nuevamente en movimiento: la que lo vuelve hacia sí mismo y hacia su verdadera "esencia", que es su propio escape y su propia Búsqueda. Entonces aquí, sólo aquí —a través de la metáfora pero *dentro* de la metonimia— es que la Narrativa (Récit) comienza'.⁹

Algunas observaciones antes de dejar atrás a Genette. Él ha iluminado muy bien la relación de implicación mutua entre la metáfora y la metonimia que sola crea la unidad del texto. Esa implicación mutua tiene, así, efectos *totalizadores*. Cita, por ejemplo, el siguiente pasaje de Proust:

'Je me jetais sur mon lit; et, comme si j'avais été sur la chouchette d'un de ces bateaux que je voyais assez près de moi et que la nuit on s'étonnerait de voir se déplacer lentement dans l'obscurité, comme

⁷ *Op. cit.*, p. 56.

⁸ *Op. cit.*, p. 56.

⁹ *Op. cit.*, p. 63.

des cygnes assombris et silencieux mais qui ne dorment pas, j'étais entouré de tous côtés des images de la mer' ¹⁰ (I, p. 804)

Y comenta Genette: 'uno observa aquí la concurrencia explícita de la relación metafórica (*comme si*) y de la metonímica (*près de moi*); la segunda metáfora es también en sí misma metonímica, injertada en la primera (navires=cygnes)'. ¹¹

La pregunta que queda por hacer, sin embargo, es aquella que concierne al tipo de unidad que la articulación metáfora/metonimia logra constituir. Concediendo —como creo que debería hacerse— que tal unidad es vital para la coherencia del texto, hay varias posibilidades en el cómo concebir la interacción entre estas dos dimensiones. Genette no sugiere, ciertamente, que tal interacción deba ser concebida como el ajuste de las piezas de un mecanismo de reloj, y los mismos términos que usa (*recoupement*, *croisée*) apuntan a que tiene algo considerablemente más complejo en mente.

Sin embargo, pienso que no avanza demasiado en la determinación de la naturaleza específica de ese *recoupement*, en gran parte, porque su preocupación principal es mostrar la *presencia* de ambos tropos en el texto proustiano. Discutiendo la distinción de Jakobson entre la metonimia como la dimensión prosaica del discurso y la metáfora como la poética, Genette asevera que 'uno debería considerar la escritura proustiana como el intento más extremo por alcanzar este estadio mixto, asumiendo y activando enteramente los dos ejes del lenguaje, que sería risible llamar "poema en prosa" o "prosa poética", y que constituye, absolutamente y en el pleno sentido del término, el Texto'. ¹² Para los temas que discutiremos en este ensayo, es crucial determinar con precisión la lógica involucrada en la articulación de ejes de tal 'estadio mixto'.

II

Genette es claramente consciente de que su uso de las categorías 'metáfora' y 'metonimia' es de alguna manera idiosincrásico, ya que va más allá de lo que la retórica canónica les atribuiría. Hay en Proust, por ejemplo, una

¹⁰ "Me tiré sobre la cama; y como si hubiera estado en la cucheta de uno de esos barcos que veía bastante cerca mío y que nos sorprendería ver de noche desplazarse lentamente en la oscuridad, como cisnes bajo sombra y silenciosos pero que no duermen, estaba circundado por imágenes del mar". Traducción de D. G.

¹¹ *Op. cit.*, p. 51, nota 5.

¹² *Op. cit.*, p. 61.

marcada preferencia por las 'metáforas continuas' (*metaphores suivies*). 'Hay raramente en su obra esos acercamientos fulgurantes sugeridos por una sola palabra, los únicos para los cuales la retórica clásica se reservaba el nombre de metáfora'.¹³ En muchos casos las comparaciones analógicas tienen lugar en una forma continua, ocupando varias páginas del texto. No obstante, también puede parecer abusivo llamar a la metonimia una contigüidad de recuerdos que no involucran ninguna relación de sustitución. Sin embargo, como apunta Genette, 'es la naturaleza de la relación semántica la que está en juego y no la forma de la figura... Proust mismo ha dado un ejemplo de tal abuso llamando metáfora a una figura que, en su obra, es muy frecuentemente una comparación explícita y sin sustitución, de manera tal que los efectos de contagio a los que nos hemos referido son casi el equivalente, en el eje de la contigüidad, de lo que las metáforas proustianas son en el eje de la analogía— y son, en relación a la metonimia stricto sensu, respecto a lo que las metáforas proustianas son vis-à-vis metáforas clásicas... La sensación-señal se vuelve rápidamente en Proust una suerte de *equivalente* del contexto al que está asociada, como la "*petite phrase*" de Vinteuil se ha vuelto, para Swann y Odette, "como el aire nacional de su amor": esto es, su emblema'.¹⁴

Este pasaje es crucial. Genette habla, por un lado, de un uso abusivo de categorías retóricas; pero, por otro, describe tal abuso como una transgresión que involucra un movimiento de la *forma* de la figura a la relación *semántica* que, mientras implícita en esa forma, va claramente más allá de esos límites formales. Así, surgen las siguientes preguntas:

- 1) Si las relaciones semánticas subyacentes a la metáfora y la metonimia trascienden su forma retórica, ¿no están esas relaciones ancladas en la significación como tal, más allá de los límites retóricos clásicos? O, de otra manera, ¿no podría ser vista la significación como una retórica generalizada —a saber, que la 'retoricidad' sea vista no como un abuso sino como constitutiva (en el sentido trascendental) de la significación?
- 2) En ese caso, ¿es suficiente concebir ese 'más allá' de la forma retórica como simplemente 'semántico'— lo que lo ataría necesariamente al nivel de lo significado? ¿La relación signifiicante/significado no entrañaría una dialéctica que nos lleva más allá de la semántica, a una materialidad del signifiicante que inscribe los desplazamientos

¹³ *Op. cit.*, p. 55.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 58.

retóricos en la misma estructura del signo? (pensemos en los 'puentes verbales' de Freud).

- 3) ¿Por qué son esos desplazamientos retóricos por naturaleza —es decir, dominados por la oposición básica metáfora/metonimia?
- 4) ¿Cómo pensar esa oposición?, ¿implica una relación de complementariedad o, en lugar de ello, una limitación mutua de sus efectos tal que la metonimia establece los límites de la metáfora y viceversa?

Una forma de lidiar con estas preguntas sería llevar nuestra atención a una aproximación teórica, que explícitamente trate de vincular categorías retóricas con las dimensiones estructurales de la significación como tal. Me estoy refiriendo al famoso ensayo de Roman Jakobson 'Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos'.¹⁵ El punto de partida de Jakobson es que la afasia, siendo un trastorno en el uso del lenguaje, 'debe comenzar con la pregunta de cuáles aspectos del lenguaje están dañados en las varias especies de tal desorden' (p. 69). Tal interrogación no podría encontrar respuesta 'sin la participación de lingüistas profesionales familiarizados con el funcionamiento y los patrones del lenguaje' (ibíd.).

Como señala Jakobson, cualquier signo lingüístico presupone su disposición a través de dos operaciones diferentes: *combinación* y *contextura*, por lo que el signo obtiene su ubicación conforme a las reglas sintácticas en una sucesión ordenada con otros signos; y *selección* y *sustitución*, por lo que un signo puede ser reemplazado por otros en cualquier posición estructural dada. Esta distinción se corresponde con los dos ejes del lenguaje identificados por Saussure: el sintagmático y el paradigmático (al que él llamaba asociativo). Combinación y sustitución eran, para Saussure, los únicos dos tipos de operación que regulaban las relaciones entre signos. Tomando como punto de partida estas dos dimensiones, Jakobson identifica dos trastornos afásicos: el primero, el *desorden de la similitud*, está relacionado con la imposibilidad de sustituir términos, mientras la habilidad de combinarlos permanece intacta; en el segundo —el desorden de contigüidad— es esa habilidad de combinar palabras la que está afectada. Lejos de los desórdenes afásicos hay, de acuerdo con Jakobson, una propensión en

¹⁵ R. JAKOBSON, 'Two aspects of language and two types of aphasic disturbances', en Halle y Jakobson, *Fundamentals of Language*, La Haya, 1958. Las páginas de las citas están indicadas en el texto, a partir de aquí.

cada usuario del lenguaje a inclinarse primordialmente sobre uno u otro polo del lenguaje. 'En un muy conocido test psicológico, los niños son confrontados con algún sustantivo y se les pide que pronuncien la primera respuesta verbal que les venga a la cabeza. En este experimento dos predilecciones lingüísticas opuestas se ponen de manifiesto siempre: la respuesta es pensada como sustituta o como complemento del estímulo... Al estímulo *hut* una respuesta fue *burnt out*; otra, *is a poor Little house*. Ambas reacciones son predicativas, pero la primera crea un contexto puramente narrativo, mientras que en la segunda hay una doble conexión con el sujeto *hut*: por un lado, una contigüidad posicional (a saber, sintáctica) y por el otro una similitud semántica (p. 90/91).

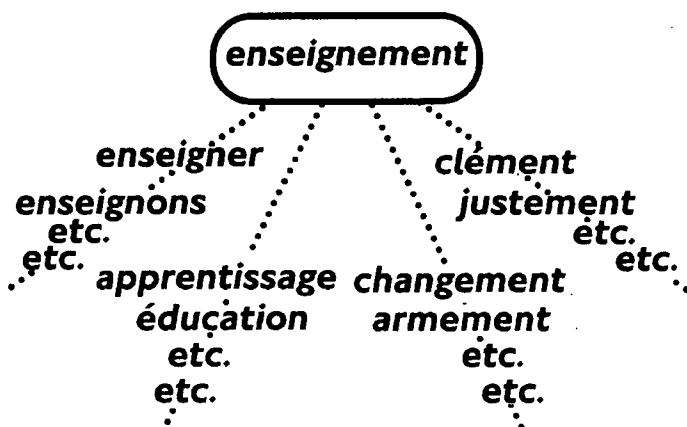
Desde estos dos ejes del lenguaje —el paradigmático y el sintagmático, sustitución y combinación— Jakobson se mueve hacia el campo retórico: la metonimia correspondería a la combinación y la metáfora a la sustitución. Y esta alternativa no es puramente regional, sino que regula el comportamiento humano como un todo: 'manipulando estos dos tipos de conexión (similitud y contigüidad) en sus dos aspectos (posicional y semántico) —seleccionando, combinando y jerarquizando— un individuo expone su estilo personal, sus predilecciones verbales y preferencias' (p. 91). 'La estructura bipolar del lenguaje (u otros sistemas semióticos) y, en la afasia, la fijación de uno de estos polos hasta la exclusión del otro, requiere un estudio comparativo sistemático. La retención de cualquiera de estas alternativas en los dos tipos de afasia debe ser confrontada con la predominancia del mismo polo en ciertos estilos, hábitos personales, modas actuales, etc.' (p. 93). Este argumento está para Jakobson en la base de una interpretación cultural más amplia. En el arte verbal tenemos que en poesía la lírica privilegia el eje metafórico, como en el romanticismo y el simbolismo, mientras que en el arte realista, cuyo epítome es la novela, prevalecen los desplazamientos metonímicos. He aquí nuevamente, en diferentes términos, el argumento que ya habíamos encontrado en Genette: la obra mayor de Proust es una novela y no una sucesión paratáctica de momentos líricos, ya que las metáforas se fundan en conexiones metonímicas. Para Jakobson esta alternativa se aplica por igual al arte no verbal: en el cubismo, la sucesión de sinécdoques es esencialmente metonímica, mientras en el surrealismo las imágenes cuasi-alegóricas se inclinan hacia la metáfora. Y en el cine, la pluralidad de ángulos y primeros planos en la producción de Griffin es metonímica por naturaleza, mientras en Charlie Chaplin y Eisenstein una sustitución metafórica de imágenes estructura la narrativa. Cualquier sistema semiótico puede, para Jakobson, ser entendido en términos de la alternativa metáfora/metonimia.

El gran mérito del análisis de Jakobson es haber traído las categorías retóricas a su lugar específico dentro de la estructura lingüística, esto es, haber mostrado que son éstas las que están en la raíz de todos los movimientos figurales. La metáfora y la metonimia, en ese sentido, no son sólo unas figuras entre otras, sino que son dos matrices fundamentales alrededor de las cuales debería ser ordenada toda otra figura y tropo. De esta manera, la clasificación de figuras retóricas deja de ser una enumeración heteróclita de formas y presenta una estructura clara, anclada en su dependencia de las dimensiones fundamentales del lenguaje. La transición desde estas dimensiones a su investidura retórica específica requiere, sin embargo, algunas consideraciones que resumiré en las próximas páginas.

- 1) Existe, en primer lugar, la cuestión de la transición desde el eje de la combinación —la dimensión sintagmática— a la metonimia. Porque, a pesar de que un movimiento tropológico a lo largo de esa dimensión sólo puede ser concebido en términos metonímicos, no hay nada en la combinación, considerada aisladamente, que requiera que tal movimiento tenga lugar. Uno puede imaginar perfectamente una combinación de términos, siguiendo reglas sintácticas, que no impliquen ningún desplazamiento metonímico. Hay un grado cero de lo tropológico en lo que concierne a la combinación. Puedo decir perfectamente 'sécheresse des cheveux bruns' en lugar de 'sécheresse brune des cheveux'. Si así fuera, lo figural sería algo adicionado desde fuera a la significación, no una parte integral de ésta, y estaríamos nuevamente en la visión clásica de la retórica como un adorno del lenguaje. Por lo tanto, si queremos establecer una conexión más íntima entre los tropos y la significación, tenemos que encontrar una vía para socavar la posibilidad de un grado cero retóricamente neutral.
- 2) Esta vía se encuentra rápidamente una vez que nos movemos desde la combinación hacia el segundo eje: 'sustitución/selección'. Ya que aquí, a diferencia de lo que sucede en el eje de la combinación, no hay grado cero: la sustitución (nuevamente considerada en forma aislada) no está sometida a ninguna regla sintáctica a priori. El mismo Saussure lo dice: 'mientras que un sintagma evoca inmediatamente la idea de un orden de sucesión y de un número determinado de elementos, los términos de una familia asociativa no se presentan ni en número definido ni en orden determinado'.¹⁶ Entonces,

¹⁶ F. DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*, Paris, Payot, 1980, p. 174.

el eje de la sustitución, *que es también constitutivo del lenguaje*, subvierte el mismo principio de los lugares en la estructura en los que la sucesión sintagmática se funda. El diagrama de Saussure sobre el conjunto de posibilidades abiertas por la sustitución es harto revelador:



Una de estas posibilidades es particularmente importante para nuestro argumento: la imposibilidad de confinar la sustitución (y como resultado la transgresión tropológica) al orden del significado. Saussure asevera: 'hay comunidad doble de sentido y de forma o comunidad sólo de sentido o sólo de forma. Toda palabra puede evocar cualquier cosa susceptible de ser asociada con ella de alguna forma u otra'¹⁷. Es por esto que dijimos antes que el 'más allá' de la forma retórica no puede ser restringido a asociaciones *semánticas*. Una posibilidad es que los movimientos retóricos no sólo tengan lugar al nivel del significado sino también al nivel del significante. (En el 'hombre de las ratas' de Freud, hay desplazamiento desde 'rata' a *Spielratten* (juego con apuesta) y de esta manera el padre (un jugador) es incorporado al 'complejo de rata').

- 3) ¿Dónde nos dejan estas consideraciones en lo que respecta a la relación metáfora/metonimia? La conclusión principal es que las nociones de 'analogía' y 'contigüidad' que son, respectivamente, los fundamentos de ambos tropos, lejos de ser enteramente diferentes en su naturaleza, tienden, por el contrario, a fundirse una en la otra. ¿Por

¹⁷ *Op. cit.*, p. 174.

qué? Porque ambas son transgresiones del mismo principio, el de la lógica diferencial asociada al eje sintagmático del sistema signifi-
cante. La única distinción que se puede establecer entre ambas figuras es que, en el caso de la metonimia, la transgresión de los lugares en la estructura que definen las relaciones combinatorias es plenamente visible, mientras que en la metáfora, la analogía ignora por completo esas diferenciaciones estructurales —las asociaciones, como lo muestra Saussure, pueden moverse en las más diversas direcciones. En un sentido puede decirse que la metáfora es el *telos* de la metonimia, el momento en el que la transgresión de las reglas de combinación ha alcanzado su punto de no retorno: una nueva entidad ha nacido y nos hace olvidar las prácticas transgresivas en las que está fundada. Aunque sin esas prácticas transgresivas, esencialmente metonímicas, la nueva entidad metafórica no podría haber emergido. Como lo muestra Genette en el caso de Proust, la analogía se basa en una contigüidad originaria.

Podemos sacar aquí una conclusión que será importante para nuestro análisis político: la contigüidad y la analogía no son esencialmente diferentes sino que son los dos polos de un continuum. Permítasenos dar un ejemplo que he discutido en otra parte.¹⁸ Supongamos que hay un barrio donde existe violencia racista y donde la única fuerza capaz de confrontarla en el área son los sindicatos. Normalmente, pensaríamos que oponerse al racismo no es la tarea natural de los sindicatos y que, si se hacen cargo de ello en ese lugar es por una constelación contingente de fuerzas sociales. Esto es, que tal 'compromiso' deriva de una relación de contigüidad —a saber, que su naturaleza es metonímica. Pensemos, sin embargo, que este 'compromiso' continúa por un largo periodo de tiempo —en ese caso la gente se acostumbraría y tendería a pensar que es una parte natural de las prácticas sindicales. Entonces, lo que era un caso de articulación contingente se vuelve una parte del significado central del término 'sindicato', 'contigüidad' se funde en 'analogía', 'metonimia' en 'metáfora'.

Anticipando lo que vamos a discutir enseguida, podemos decir que esto es inherente a la operación política medular que llamamos 'hegemonía': el movimiento de la metonimia a la metáfora, de la articu-

¹⁸ E. LACLAU, 'The Politics of Rhetoric', en *Material Events: Paul de Man and the Afterlife of Theory*, editado por Tom Cohen, J. Hillis Miller, Andrzej Warminski y Barbara Cohen, Minnesota University Press 2001, pp. 229-253.

lación *contingente* a la pertenencia *fundamental*. El nombre —de un movimiento social, de una ideología, de una institución política— es siempre la cristalización metafórica de contenidos cuyos vínculos analógicos resultan de ocultar la contigüidad contingente de sus orígenes metonímicos. A la inversa, la disolución de una formación hegemónica implica la reactivación de esa contingencia: el retorno de una fijación metafórica ‘sublime’ a una humilde asociación metonímica.

- 4) Con esta conclusión, no obstante, sólo hemos establecido: a) que la distinción metáfora/metonimia tiene una prioridad matricial sobre otros tropos— que se puede, de una u otra manera, reducir a esa matriz; y b) que tal distinción matricial no se refiere simplemente a opuestos sino a los dos polos de un continuum. Pero afirmar que la retoricidad es inherente a la significación requiere un paso más: mostrar que sin un desplazamiento tropológico la significación no podría fundarse. He intentado probar este punto en otro lado y no lo repetiré aquí.¹⁹ Digamos que esta prueba requiere mostrar que la significación, para ser posible, requiere su propia clausura, y que una clausura tal, ya que supone la representación de un objeto que es imposible y a la vez necesario, conduce a la producción discursiva de significantes vacíos. Un significante vacío, como he tratado de mostrar, no es sólo un significante sin un significado —que, como tal, estaría fuera de la significación— sino que es uno que significa el punto ciego inherente a la significación, el punto en el que la significación encuentra sus propios límites y que, sin embargo, si va a ser posible, tiene que ser representado como la precondition sin significado del significado. En términos psicoanalíticos, sería el momento de lo Real —el momento de distorsión de lo Simbólico, que es la precondition para que lo simbólico se constituya a sí mismo como totalidad. Ahora, si la representación de algo irrepresentable es la condición misma de la representación como tal, esto significa que la representación (distorsionada) de esta condición supone una *sustitución*, esto es, sólo puede ser tropológica por naturaleza. Y no se trata de una sustitución concebida como un reemplazo de términos positivos: va a implicar darle un nombre a algo que es esencialmente ‘sin-nombre’, a un lugar vacío. Eso es lo que le da su centralidad a la *catacresis*. Y como cualquier movimiento figural implica decir algo más que lo que puede ser dicho a través de un término li-

¹⁹ Véase *Emancipation(s)*, London, Verso, 1996 (ensayo sobre ‘Why do Empty Signifiers Matter to Politics?’) y *On Populist Reason*, London, Verso, 2005, capítulo 4.

teral, la catacrexis es inherente a lo figural como tal, se vuelve la marca registrada de la 'retorricidad' como tal.

- 5) Volvamos ahora a la cuestión del terreno del continuum metafórico/metonímico. Tal terreno está dado, como hemos indicado, por la oposición de *cualquier* movimiento tropológico a la lógica diferencial de combinación inherente al polo sintagmático de la significación. La diferencia entre analogía y contigüidad es que, aun si ambas a través de sus sustituciones subvierten tal lógica diferencial, la visibilidad de lo que es subvertido está muy presente en el caso de la metonimia, mientras que tiende a desaparecer en el caso de la metáfora. Pero si esta subversión de lugares combinatorios es inherente a la retorricidad, y la retorricidad es una de las dimensiones de la significación, esto significa que aquélla sólo puede ser concebida como un proceso interminable de instituciones sucesivas y subversiones de lugares diferentes. A esto se debe que el estructuralismo más observante ha siempre tendido a enfatizar el polo sintagmático del lenguaje a expensas del paradigmático. Sin embargo, la ambigüedad creada por la operación de las dos lógicas de combinación y sustitución no fue totalmente desapercibida, incluso en la obra de Saussure. Como lo apuntó Jean Copjec: 'al enfatizar la "perspectiva sincrónica" del lingüista y su comunidad, Saussure finalmente decidió dar prioridad al sistema de significantes contemporáneos operando en un momento (hipotético): el presente. Olvidando, en razón de sus propósitos, su importante estipulación de que el significado ha de determinarse retroactivamente. Esto es, olvidando la naturaleza diacrónica del significado, fundó en última instancia la ciencia de la lingüística en la totalidad sistemática del lenguaje. De este modo, el argumento estructuralista dejó de ser que el significante final S_2 determina al que vino anteriormente S_1 y pasó a ser que S_2 determina a S_1 y S_1 determina a S_2 ; esto es, que las oposiciones recíprocas estabilizan los significados entre términos coexistentes y que las relaciones diferenciales no amenazan más la transvaloración de todos los significantes precedentes'.²⁰

Si, no obstante, incorporamos la perspectiva diacrónica que el mismo Saussure enunció y que luego olvidó, la consecuencia es clara: S_2 puede ser el cimiento del sistema sólo si no tiene una localización precisa y particular dentro de él. El mismo argumento puede presentarse en términos de la teoría de conjuntos: lo que nombra el

²⁰ Joan COPJEC, 'Sex and Euthanasia of Reason' en *Read my Desire*, Cambridge (Mass), MIT Press, 1995, pp. 205-206

conjunto no puede ser parte del mismo. Lo que el giro retórico agregaría a esto es que el término que nombra al conjunto, sería uno de los elementos particulares de ese conjunto que escinde su identidad entre su propia particularidad y su rol de significar a la totalidad. Es este doble rol el que está en la raíz de todo desplazamiento tropológico.

- 6) La retoricidad, como una dimensión de la significación, no tiene límites en su campo de operación. Es co-lindante con la estructura misma de objetividad. Esto está, primeramente, ligado a la noción de 'discurso' que hemos usado en nuestro trabajo, lo cual no está exclusiva o fundamentalmente vinculado al discurso o la escritura sino a cualquier práctica significante. Esto implica que es equivalente a la producción social de significado, o sea, a la estructura misma de la vida social. No hay posibilidad de una separación estricta entre significación y acción. Incluso la aseveración más puramente constatativa tiene una dimensión performativa y, a la inversa, no hay acción que no esté incrustada (embedded) en la significación. Por la misma razón, no puede haber ninguna separación absoluta entre significación y afecto, dado que este último es solamente constituido catectizando diferencialmente los varios componentes de una cadena signifiante. Como en los 'juegos de lenguaje' de Wittgenstein, las palabras y las acciones (a las que deberíamos agregar afectos) son parte de una red interdependiente. Esto significa que categorías lingüísticas tales como signifiante/significado y las distinciones sintagma/paradigma —si son teorizadas correctamente— dejan de pertenecer a una disciplina regional y vienen a definir relaciones que operan en el terreno mismo de una ontología general.

Pero, en segundo lugar, si la significación pudiera cerrarse a sí misma en términos sintagmáticos —esto es, si las relaciones paradigmáticas de sustitución pudieran ellas mismas ser reabsorbidas por reglas de combinatoria— el rol de la retórica no podría ser ontológicamente constitutivo. La clausura estructuralista de la relación de determinación mutua entre S_1 y S_2 podría lograrse sin traer ningún dispositivo tropológico a la escena y así la retórica sería relegada a su rol tradicional de adorno del lenguaje. Pero es aquí donde adquieren relevancia nuestras observaciones sobre la imposibilidad de lograr cualquier clausura de un sistema signifiante sin representar lo irrepresentable. Una vez que la centralidad de la catacrexis es aceptada plenamente, la retoricidad se vuelve una condición de la significación y, como resultado, de la objetividad.

En tercer lugar, una vez que el status de la retórica ha sido reconocido en su verdadera generalidad ontológica, las relaciones que en este ensayo hemos abordado con una terminología estrictamente tropológica son pasibles de ser reproducidas en diferentes niveles de análisis de la realidad humana, incluso cuando la naturaleza retórica de la distinción introducida no es percibida o reconocida. En psicoanálisis, para dar el ejemplo más obvio, el carácter retórico del funcionamiento del inconsciente ha sido explícitamente reconocido hace ya mucho tiempo. La condensación ha sido asimilada a la metáfora y el desplazamiento a la metonimia. La lógica del objeto *a* implica precisamente una investidura por la cual un objeto ordinario se vuelve un sustituto de la Cosa inalcanzable. En términos de Lacan, la sublimación es elevar un objeto a la dignidad de la cosa. Esta operación de investidura es catacrética de cabo a rabo. Además Copjec, en sus estudios de cine, ha mostrado cómo los primeros planos no son una parte dentro del todo sino una parte que funciona como la condición misma del todo, como su nombre, conduciendo a esa contaminación entre particularidad y totalidad que, como hemos visto, está en el corazón de todo movimiento tropológico.

En lo que resta del ensayo voy a tratar de mostrar, dentro del campo político, la operación de esas distinciones que hemos estado discutiendo. Argumentaré que las tensiones que hemos detectado a lo largo del continuum metáfora/metonimia, pueden ser reconocidas como operando en la estructuración de espacios políticos. Discutiré dos casos. En el primero, veremos una casi completa unilateralización de la operación metafórica. En el segundo, una obstrucción sistemática de la transición de la metonimia a la metáfora —a saber, el impedimento de que la contigüidad se funde en la analogía. La primera posibilidad la ilustraré con la lógica de la huelga general en Sorel; la segunda, con la estrategia política del leninismo.

III

Tenemos que dar un status teórico preciso a la operación en la que nos embarcamos al tratar de ver la manera en que las categorías retóricas están (implícitamente) presentes en esas lógicas que gobiernan las distinciones que estructuran áreas diferentes de aquellas en las que se pensó originalmente que la retórica estaba operando. Básicamente, deberíamos evitar dos tentaciones. La primera es hacer de las categorías retóricas el locus de una trascendencia dura, esto es, de un nivel en el que todas las distinciones teóricas pertinentes serían formuladas y que reduciría los terrenos de su 'aplicación' a la empiria de los 'estudios de caso'. La segunda es evitar el otro extremo, que consiste en ver los dos niveles como universos completamente cerrados, cuyas relaciones mutuas sólo puedan ser concebidas en

términos de homologías puramente externas. La cuestión de la comparación en sí entre regiones y niveles debería ser concebida en forma topológica: ningún nivel tiene prioridad trascendental sobre el otro, con lo que su misma interacción debería verse como un área de desplazamientos que borrona las fronteras entre lo empírico y lo trascendental. Cada una ha de enriquecer teóricamente la comprensión de la otra en una intertextualidad que no tiene un punto de anclaje último.

Si intentamos pensar esas categorías organizativas del campo político que hacen posible una comparación sin análisis retórico, podríamos adelantar las siguientes tesis: la política es la articulación de elementos heterogéneos, y esa articulación es esencialmente topológica ya que presupone la dualidad entre institución y subversión de posiciones diferenciales que vimos que definen una intervención retórica. La organización social no es, sin embargo, exclusivamente política; en buena parte consiste en posiciones diferenciales que no son desafiadas por ninguna confrontación entre grupos. Sólo es a través de esta confrontación que emerge el momento específicamente político, ya que muestra la naturaleza contingente de las articulaciones. Usando una distinción Husserliana, podríamos decir que lo social es equivalente a un orden *sedimentado*, mientras que lo político implicaría el momento de *reactivación*. Formas contemporáneas de tecnocracia expresarían esta disolución de lo político y la reducción de la administración de la comunidad a una mera cuestión de pericia. Es el reemplazo de la política por el conocimiento, cuya formulación más temprana encontramos en Platón.

Tenemos aquí la base para una comparación entre esta dualidad política/administración y los dos ejes de la significación —el de las combinaciones y el de la sustituciones. Cuanto más estable e indiscutible sea el orden social, las formas institucionales prevalecerán y se organizarán a sí mismas en un sistema sintagmático de posiciones diferenciales. Cuanto más sean las confrontaciones entre grupos las que definan la escena social, más dividida estará la sociedad en dos bandos. Llevado al extremo, habrá una total dicotomización del espacio social alrededor de sólo dos posiciones sintagmáticas: “nosotros” y “ellos”. Todos los elementos sociales deberían ubicar sus identidades en alguno de estos dos polos, cuyos componentes internos estarían en una mera relación de equivalencia. Mientras que en un discurso político institucionalista hay una multiplicación de posiciones diferenciales en relación de combinación entre sí, en un discurso antagonista de ruptura el número de posiciones diferenciales sintagmáticas está radicalmente restringido, y todas las identidades establecen relaciones paradigmáticas de sustitución con las demás en cada uno de los dos polos. En mi obra he llamado a estas lógicas políticas opuestas, lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia respectivamente.

Dado que la cadena equivalencial establece una sucesión paratáctica entre los vínculos de sus componentes, ninguno de ellos puede tener una posición de centralidad fundada en una lógica combinatoria de naturaleza hipotáctica. Si entonces la unidad de la cadena equivalencial va a estar organizada alrededor de un significante privilegiado, tal privilegio no puede provenir de una posición estructural diferencial, sino de una investidura catéctica de tipo radical. Los símbolos de Solidarnosc en Polonia no obtuvieron su éxito de ninguna centralidad estructural de los astilleros de Lenin en el país, sino del hecho de que expresaban sentimientos radicales anti statu-quo en el momento en que muchas otras demandas sociales se frustraron por no encontrar canales institucionales de expresión dentro del sistema político existente. Este proceso por el cual las identidades dejan de ser puramente inmanentes a un sistema y requieren una identificación con un punto trascendente a ese sistema —que es lo mismo que decir: cuando una particularidad se vuelve el nombre de una universalidad ausente— es lo que llamamos hegemonía. Su lógica es idéntica a la del objeto a (al que ya nos hemos referido) y por las razones que hemos dado, es esencialmente catacrética (retórica).

Un último punto requiere nuestra consideración. Una operación hegemónica es esencialmente tropológica, pero requiere movimientos estratégicos muy particulares para ser llevada a cabo dentro del continuum metáfora/metonimia. Otros movimientos, sin embargo, son igualmente posibles, dado que el continuum no prescribe a priori la dirección que las intervenciones deberían tomar ni las diferentes formas de articulación entre sus polos extremos. Genette presenta la decisión de Proust que hizo posible la existencia de una narrativa precisamente como eso: una decisión. Pero él mismo apunta que otras decisiones hubieran sido igualmente posibles, en cuyo caso no hubiéramos tenido una novela sino, por ejemplo, una sucesión de momentos líricos. De la misma forma, la emergencia de una lógica hegemónica en el pensamiento político de Gramsci tiene lugar sobre el fondo de diversas maneras de concebir la política en la tradición marxista que, si bien pueden ser descritas en términos de las posibilidades abiertas por la distinción metáfora/metonimia, son diferentes del giro hegemónico. Es a esta historia a la que ahora tenemos que dirigir nuestra atención.

IV

Hemos hablado sobre un grado cero de lo retórico, cuya conquista requeriría idealmente que la lógica diferencial sintagmática pueda dominar todo el campo de significación (en el sentido amplio al que hemos dado a este último término). El prerrequisito para alcanzar tal grado cero sería, por supuesto, la habilidad de la lógica sintagmática para controlar plenamente las

sustituciones paradigmáticas (habilidad sobre la que tenemos buenas razones para dudar). No obstante, hemos limitado hasta ahora la cuestión del grado cero a su versión estructuralista —a saber, a un sistema puramente sincrónico— identificando la noción de diacronía a una fijación/transgresión retroactiva que operaría desde ‘fuera’ del ‘adentro’ estructural. ¿Es esta, sin embargo, la única verdadera alternativa? ¿Es necesario que un espacio puramente sintagmático/combinatorio sea organizado de una manera sincrónica? Creo que no. Mientras la diacronía no se conciba como una intervención contingente, externa, sino como dotada de una teleología, una sucesión diacrónica es perfectamente compatible con un grado cero de lo topológico. La pura diferencialidad (nuestro grado cero) no está necesariamente ligada a la simultaneidad o a la sucesión.

Es desde este punto que tenemos que comenzar nuestra consideración de la tradición marxista, ya que en la raíz de ésta hay un discurso anclado en la teleología hegeliana. Conocemos las características que definen esto último: las determinaciones esenciales de cualquier entidad se encuentran en su especificidad *conceptual*; las contradicciones *conceptuales* inherentes a esta especificidad nos obligan a movernos hacia una nueva entidad encarnando un nuevo estadio *conceptual*, etc. Marx no cambió en absoluto las cosas con su ‘inversión’ de la dialéctica hegeliana: si el fundamento es ‘materia’ en lugar de ‘idea’, pero la materia tiene leyes internas de movimiento que son conceptualmente especificables, el materialismo de Marx es tan idealista como el de Hegel. Ontológicamente hablando no son, en realidad, diferentes el uno del otro.

El punto importante para nuestro tema es que en la visión de la Historia que surge de esta diacronía, los diferentes estadios en la sucesión no son concebidos como *interrupciones* de lo que los precedía sino como *cumplimientos* teleológicos. Estamos lidiando con una pura combinación en la que cada actor y tarea tiene un lugar asignado en una escatología secular fundada en las ‘leyes necesarias’ de la Historia. No es sorprendente que la principal consecuencia política de este enfoque sea privilegiar la ‘estrategia’ sobre la ‘táctica’. Los cálculos estratégicos de largo plazo fueron considerados posibles porque el teleologismo de las premisas abría una vía para las predicciones históricas, aun si eran sólo ‘predicciones morfológicas’, para usar las palabras de Antonio Labriola. Y cualquier incumplimiento de esas predicciones podía ser rechazado como una aberración temporaria a ser sustituida una vez que las ‘leyes necesarias’ reafirmaran su validez de largo plazo.

Las versiones más extremas de este teleologismo se pueden encontrar, por supuesto, en las corrientes ortodoxas de la Segunda Internacional, aunque es suficiente leer el “prefacio” a la *Crítica de la economía política* para

darse cuenta de que, aun si en forma menos cruda, éste impregna la totalidad de la tradición marxista. Es por ello que podemos hablar de un grado cero de lo retórico: en esta sucesión sintagmática no hay lugar para los desplazamientos metonímicos ni las reagregaciones metafóricas. Uno podría, sin embargo, preguntarse: ¿pero no es precisamente a lo largo de la sucesión combinatoria de posiciones diferenciales que opera la metonimia? La respuesta es sí, pero la metonimia, como sabemos, implica una subversión del principio de diferencialidad a través de sustituciones fundadas en la contigüidad, y son precisamente estas sustituciones las que el literalismo sintagmático tiende a bloquear.

El literalismo marxista requería la reducción del proceso de desarrollo histórico a un mecanismo que tenía que ser conceptualmente aprehensible en lo que respecta a sus leyes de movimiento. Pero esa aprehensibilidad también requería que cualquier cosa que escapara a lo que es especificable por esas leyes, debía ser descartado como históricamente irrelevante. 'Los cambios en la fundación económica llevan tarde o temprano a la transformación de toda la inmensa superestructura. Al estudiar esta transformación siempre es necesario distinguir entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que puede ser diferenciada con la precisión de las ciencias naturales y lo legal, político, religioso, artístico o filosófico —en una palabra, las formas ideológicas en las que los hombres se vuelven conscientes del conflicto y lo combaten. Así como uno no juzga a un individuo por lo que piensa de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal periodo de transformación por su consciencia, sino que, por el contrario, esta consciencia debe ser explicada desde las contradicciones de la vida material, desde el conflicto que existe entre las fuerzas sociales de producción y las relaciones de producción.' ²⁰

Ahora bien, es esta aguda distinción entre lo que es relevante y lo que no lo es, lo que precisamente es desdibujado durante la primera 'crisis del marxismo' a finales del siglo XIX. El capitalismo se recuperó después de un largo periodo de depresión y comenzó la transición a la fase monopolística y al imperialismo. En esta situación la fe socialista en el colapso del sistema, como resultado de sus contradicciones internas, se debilitó. El desarrollo histórico se había revelado como mucho más complejo de lo que se creía y esa complejidad tomó la forma de una contaminación entre niveles sociales que según la teoría clásica deberían haber permanecido inconfundibles. (El 'capitalismo organizado' dejó de ser explicable por puras leyes de mercado y un elemento de regulación consciente intervino en el nivel

²⁰ K. MARX, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, London, 1971, p. 24.

mismo de la infraestructura; el imperialismo llevó al surgimiento de una 'aristocracia de la clase trabajadora' y consecuentemente a una atenuación de los conflictos de clase, etc.). La consecuencia para nuestro análisis es que el terreno que había hecho accesible el grado cero de lo tropológico fue hecho pedazos y los movimientos retóricos se volvieron muy importantes en un sentido metafórico y metonímico.

Este giro tropológico, no obstante, tomó una variedad de formas y direcciones. Como anticipamos, el primer ejemplo al que nos referiremos será la obra tardía de Georges Sorel. Como muchos otros pensadores socialistas de su tiempo, Sorel, al momento de escribir las *Reflexiones sobre la violencia*, había perdido fe en la perspectiva de que el capitalismo produjera su propio colapso como resultado de leyes puramente económicas. Por lo tanto, para mantener viva la vocación revolucionaria de la clase trabajadora, fue necesario apelar a algo diferente del determinismo económico. Algún tipo de principio subjetivo tenía que ponerse en juego. Es importante saber que el apoyo a la lucha proletaria, para Sorel, no estaba fundado en la justicia de las demandas de los trabajadores sino en su creencia de que el proletariado era la única fuerza en la sociedad capaz de prevenir la decadencia burguesa. Dado que la perspectiva frente a las sociedades contemporáneas era de una decadencia general de la civilización. El principio capaz de mantener la pureza de la identidad proletaria era la *violencia*. Para este propósito era fundamental que la clase trabajadora no interviniera en política, ya que eso la cooptaría en el mecanismo del Estado burgués. Él oponía la 'violencia proletaria' a la 'violencia política' —siendo el epítome de esta última el jacobinismo.

La violencia proletaria debía estar organizada en torno a un *mito*. 'Los hombres que participan en grandes movimientos sociales se representan su acción inmediata bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa. Propongo llamar *mitos* a estas construcciones cuyo conocimiento es tan importante para el historiador: la huelga general de los sindicalistas y la catastrófica revolución de Marx son mitos'.²¹ Él contrapone mito a utopía. Mientras esta última es una construcción intelectual pura, el programa de una sociedad futura o ideal, el mito es sólo un conjunto de imágenes capaces de galvanizar la imaginación de las masas y proyectarlas hacia la acción histórica.

El mito alrededor del cual la identidad proletaria debía ser organizada es el de la *huelga general*. 'Entiendo que este mito de la huelga general horroriza [*froisse*] a mucha gente prudente por su carácter de infinitud; el

²¹ Georges SOREL, *Reflexions sur la violence*, Paris, Seuil, 1990, p. 21.

mundo actual está muy inclinado a volver a la opinión de los antiguos y subordinar la moral a la buena administración de los asuntos públicos, lo cual lleva a ubicar la virtud en un justo medio. Mientras el socialismo permanece como una *doctrina presentada enteramente a través de palabras*, es fácil hacerlo desviar hacia un justo medio; pero esta transformación es claramente imposible una vez que uno introduce el mito de la huelga general que supone una revolución absoluta'.²² Y nuevamente: 'hoy los mitos revolucionarios son casi puros, hacen posible entender las actividades, sentimientos e ideas de las masas populares que se preparan para entrar en una lucha decisiva, no son descripciones de cosas sino expresiones de deseo'.²³

En un mito, la infinitud de la tarea va acompañada de la escasez de su contenido. Su función es, precisamente, separar al militante del objetivo concreto de su acción particular. Supongamos que un grupo de trabajadores participa de una huelga por salarios más altos. Si la huelga es exitosa, y su único objetivo era esa demanda particular, el éxito lleva a una desmovilización y a la absorción de los trabajadores en el statu quo. Sin embargo, si la participación en esa acción concreta es vista como un simple episodio, educar al proletariado para el objetivo final, el significado de la lucha particular cambia radicalmente. Pero para esto, el mito de la huelga general tiene que estar operando desde el principio mismo. Esto explica la *infinitud* de la tarea, a la que se refiere Sorel: no puede ser identificada con ningún objetivo particular. Y explica también la pobreza de sus contenidos, que es en realidad más que pobreza ya que, como el nombre de una tarea infinita, niega la posibilidad misma de cualquier contenido (que debería ser necesariamente finito). El mito soreliano es uno de los ejemplos más puros de lo que hemos llamado 'significantes vacíos'. No importa si la huelga general es un evento que puede ocurrir o no. Aun si Sorel no es totalmente explícito en este respecto, pienso que la lógica misma de su argumento lleva a una respuesta negativa, dado que cualquier cumplimiento finito comprometería la infinitud de la tarea. Su status se acerca al de la idea regulativa de Kant.

¿Cómo leer, sin embargo, este conjunto de desplazamientos que ocasiona Sorel en contraste con la secuencia de categorías del marxismo clásico? ¿Dónde y cómo exactamente tiene lugar el giro tropológico? Para comenzar, en Sorel no hay ninguna pluralidad sintagmática de lugares de enunciación ya que todos convergen en el reforzamiento de una única identi-

²² *Op. cit.*, p. 25.

²³ *Op. cit.*, p. 29/30.

dad proletaria. Estemos hablando de una huelga, una manifestación, una ocupación de fábrica, se trata simplemente de ocasiones para el ensayo de un único evento 'futuro': la huelga general. Estas ocasiones son ciertamente plurales, pero su pluralidad está presente sólo para eclipsarse como un mero apoyo del evento particular que habla a través de todas ellas. Esto es, estamos frente a una pura reagregación metafórica que no es interrumpida por ninguna pluralidad metonímica. No hay nada que desplazar porque los puntos del evento metafórico están allí sólo para ser negados por ésta. Para decirlo claramente: el corte revolucionario no procede por equivalencia sino por identidad absoluta. Así, de alguna manera Sorel es el estricto reverso del 'grado cero retórico' de la segunda internacional. Para éstos, no había lugar para ningún movimiento tropológico en la determinación del sujeto emancipatorio. Para Sorel, una determinación tal sólo podría proceder a través de una forma extrema de ese movimiento tropológico; a saber, una metáfora pura que ha eliminado todo vestigio de su suelo metonímico. La analogía no disimula una esencia que ha roto todos los vínculos con la contigüidad. La equivalencia es reemplazada por la pura identidad (como esta identidad, no obstante, es construida alrededor de un lugar vacío —la huelga general— cuyos efectos discursivos dependen de su falta de contenido, su aseveración se acerca al nihilismo. No sorprende que el sorelianismo haya alimentado diferentes corrientes de pensamiento, desde el comunismo y la izquierda radical al fascismo).

Podemos volver aquí al análisis de Proust de Genette. Según él, como hemos visto, hay narrativa en Proust sólo porque las metáforas están inscriptas en un movimiento metonímico; de lo contrario sólo tendríamos una sucesión de momentos líricos. Bien, esta última posibilidad es la que presenta el texto de Sorel. Cada acto revolucionario no encuentra su significado en una sucesión, dotándola con su *raison d'être* dentro de las series, sino, más bien, cada uno de ellos es una suerte de impulso de repetición que constantemente reinstaura, al modo de Sísifo, una sola identidad. A esto se debe que la noción de Genette de una sucesión de momentos líricos como una alternativa a la narrativa de Proust —a saber, puros destellos metafóricos no inscriptos en ninguna sucesión metonímica— se aplique tan bien a la visión de la política de Sorel, así como a por qué no puede haber una estrategia soreliana basada en un cálculo a largo plazo. Mientras que para un Kanstky o un Plejánov un cálculo tal estaba basado en leyes supuestamente conocidas de la historia, para Sorel la mera idea de una predicción a largo plazo no tiene sentido. La afirmación de una subjetividad revolucionaria escapa en gran medida a consideraciones estratégicas.

V

Si el discurso de Sorel está estructurado en un terreno en el que la subjetividad política puede sólo operar a través de una metáfora total que esconde incluso los rastros de su suelo metonímico, la experiencia del leninismo es diferente: la subversión metonímica del espacio diferencial de la teleología marxista tiene que permanecer visible, hasta el punto de hacer imposible el movimiento hacia su *telos* metafórico. El leninismo surge como una respuesta *política* a una anomalía en el desarrollo histórico. Se suponía que Rusia seguiría el patrón de la clásica revolución democrático-burguesa de occidente. La tarea por delante era el derrocamiento del zarismo y la apertura de un largo periodo de democracia capitalista, con lo que el socialismo sólo era una posibilidad a largo plazo, a ser alcanzada como resultado de las contradicciones de una sociedad capitalista con todas las de la ley. En esa revolución democrática se suponía que la burguesía era la fuerza líder 'natural'. A las tareas y fuerzas les fueron otorgados roles de acuerdo a una sucesión pre-ordenada. La anomalía era que la burguesía autóctona rusa había llegado demasiado tarde a la escena histórica, cuando el mercado capitalista mundial estaba ya bien establecido y por ende era demasiado débil para llevar a cabo su propia revolución democrática. El capitalismo, sin embargo, se desarrollaba rápidamente en Rusia como resultado de la inversión extranjera, con lo que existía la situación paradójica —'anómala' en lo que respecta al patrón canónico— de un país que estaba maduro para una revolución democrática y en el que, a pesar de ello, el agente 'natural' de esa transformación histórica era incapaz de concretar su tarea.

Como resultado del desarrollo capitalista, no obstante, emergía una robusta clase trabajadora que no tenía ninguna de las limitaciones de la burguesía autóctona y entonces —esta era la tesis de los socialdemócratas rusos— tenía que asumir la tarea histórica de liderar la revolución democrática (en alianza con el campesinado en la versión leninista) cuyo agente natural, la burguesía, había dejado inconclusa. Esta asunción anómala de una tarea por una fuerza que no era su agente natural, es lo que los socialdemócratas rusos llamaban 'hegemonía'. Así, tenemos una fractura en el desarrollo histórico, una discontinuidad en la secuencia de sus categorías. La asunción de las tareas democráticas por la clase trabajadora era un evento explicable políticamente por un conjunto de circunstancias históricas, pero no insertable como uno de los vínculos necesarios del paradigma canónico. Era una 'excepcionalidad', para usar la terminología de ese entonces.

Ahora, si estudiamos la estructura de esta excepcionalidad vemos inmediatamente que fue la *presencia* de la clase trabajadora en el centro de los acontecimientos históricos, en un momento en el que el país estaba maduro

para una revolución democrática, la que la asignó a ese rol. Fue una relación de *contigüidad*. Así, estamos lidiando con la construcción de un nuevo vínculo entre tarea y agente que sólo puede ser concebida como un desplazamiento metonímico.

Sabemos, no obstante, que cualquier metonimia tiene una tendencia natural a fundirse en una metáfora, la relación de contigüidad volverse, a través de asociaciones continuas, una relación de analogía. Con lo que podríamos esperar normalmente que la naturaleza de la tarea democrática cambiara cuando es asumida por el proletariado y que la naturaleza de clase de este último también fuera alterada como resultado de la asunción de una tarea democrática. Sin embargo, no sucedió nada por el estilo. Toda la estrategia leninista fue diseñada para evitar que la tarea excepcional se tornara el lugar de la construcción de una nueva subjetividad política. La naturaleza de clase del proletariado tenía que permanecer sin cambios. El lema leninista era: 'golpear juntos y marchar separados'. ¿Por qué? Varias razones conspiran para ello, pero la principal era que para los revolucionarios rusos —los bolcheviques incluidos— la excepcionalidad rusa era exactamente esa: una excepción y, por encima de ello, una que iba a tener corta vida. Ni Trotsky, ni Lenin —incluso después de las 'tesis de abril'— pensaron que un poder proletario en Rusia, dado su retraso, tenía posibilidad alguna a menos que encontrara su continuidad natural en una revolución en Alemania y en los restantes principales países capitalistas de Occidente altamente desarrollados. Si ese hubiera sido el caso, la 'excepcionalidad' rusa habría sido rápidamente integrada en un proceso 'normal' de desarrollo histórico.

Si consideramos la problemática retrospectivamente, encontramos aquí la raíz del doble discurso que estará inscripto en la experiencia comunista de los años venideros. La secuencia canónica de categorías tenía que ser mantenida como un horizonte último insuperable —el sintagma marxista nunca fue formalmente cuestionado— pero, como contrapartida, la política real iba a estar dominada con creces por un empirismo de excepcionalidades que eludía cualquier teorización. La *Realpolitik* de Stalin era la expresión extrema de este divorcio entre teoría y práctica, pero en formas más atenuadas dominaría la experiencia comunista en su totalidad. La manera en que ambos niveles fueron combinados puede ser vista con la mayor claridad, quizá, en el caso de Trotsky. Toda la lógica de la 'revolución permanente' sólo es pensable si el empirismo de las excepcionalidades es articulado al discurso del desarrollo sintagmático 'normal'. El argumento se desarrolla como sigue. Rusia estaba madura para una revolución democrático-burguesa en la que la burguesía —Trotsky aceptaba el punto— era incapaz de ser la protagonista. Esto resultaría en una revolución democrá-

tica liderada por el proletariado. Sin embargo —Trotsky añadía— la burguesía no toleraría el poder proletario —incluso si estuviese confinado a límites democráticos— y respondería con un *lockout* masivo. El resultado sería que el movimiento de los trabajadores, en orden a consolidar su poder, tendría que avanzar en una dirección socialista. Las revoluciones siempre empiezan con pancartas democráticas, pero su estabilización y consolidación requiere su transición al estadio socialista. Este modelo será repetido *ad nauseam* por trotskistas en todos los contextos históricos imaginables. El clásico ‘etapismo’, aun si interrumpido por una ‘excepcionalidad’ está operando plenamente: la naturaleza de clase de los agentes sociales está a salvo de críticas, así como la naturaleza de las tareas y la de las sucesiones de fases.

Entonces el momento metonímico tenía que ser congelado, impidiendo la construcción de nuevas identidades a través de reagregaciones metafóricas. Aquí vemos la diferencia con Sorel. Para él no hay narrativa, sólo la secuencia de momentos metafóricos a través de los cuales la identidad proletaria es constantemente reafirmada. Para el leninismo, la interacción entre los dos niveles discursivos lo fuerza a comprometerse en una narrativa permanente, con lo que el momento metonímico nunca es abandonado. Es por esta razón que el leninismo es un tipo de discurso eminentemente estratégico, cuya diferencia con la estrategia de la segunda internacional es, sin embargo, visible: para esta última, la reflexión estratégica estaba basada en una predicción histórica fundada en las leyes necesarias de la historia; mientras que para el leninismo, dado el funcionamiento de excepcionalidades, las estrategias tienen más el carácter de análisis coyunturales.

Esta noción de análisis coyunturales nos impele, sin embargo, a movernos más allá de las metonimias congeladas y aún más allá del horizonte histórico del marxismo. Ya que la pregunta es: ¿cuán excepcionales son las excepciones? De acuerdo a Lenin, el mercado capitalista mundial no es sólo una realidad económica sino política: está estructurado como una cadena imperialista. Las crisis pueden suceder en un punto de esa cadena, lo que resulta —dado que la cadena se rompe por su eslabón más débil— en dislocaciones de las relaciones de fuerza en otros puntos de la misma. Esto hace posible una toma del poder aun si las condiciones materiales ‘objetivas’ no se han logrado. En tales situaciones no existe más ninguna cuestión de pura combinación de estadios —como el postulado por la teoría del desarrollo desigual y combinado— ni de pertenencia necesaria de clase de los agentes sociales, ya que lo que está en juego es la constitución de identidades sociales complejas construidas sobre la base de prácticas que homogeneizan lo heterogéneo. Esto es, estamos en presencia de reagregaciones metafóricas. Las metonimias leninistas congeladas no funcionan más.

Pienso que la noción de 'voluntades colectivas' de Gramsci debería ser leída en este sentido. Aunque esta incorporación de la dimensión metafórica tampoco nos lleva de vuelta al campo de Sorel. Para Sorel ésta es una unilateralización de la metáfora ya que la identidad proletaria que intenta consolidar está dada de antemano. No hay posibilidad para él de incorporar elementos heterogéneos en una identidad social más amplia. Eso sólo podría llevar, desde su punto de vista, a minar la consciencia de clase del proletariado. No obstante, una vez que el proceso político es visto no sólo como una reafirmación de una identidad sino como su construcción —como en la 'guerra de posición' de Gramsci— la dimensión metonímica no puede ser ignorada. La hegemonía significa el pasaje de la metonimia a la metáfora, de un punto de partida 'contiguo' a su consolidación en la 'analogía'. Pero con esto, estamos muy cerca de la relación metáfora/metonimia que Genette encuentra en el texto de Proust. Traduciéndolo a lenguaje político, podríamos decir que porque hay narrativa (*récit*) hay estrategia. Pero como la identidad de los agentes de esa estrategia no está dada de antemano, siempre tendremos movimientos estratégicos de corto plazo, no anclados en ninguna escatología. Van a operar exactamente en el punto en el que metáfora y metonimia se cruzan y limitan sus efectos mutuos. 

COPYRIGHT INFORMATION



Author: Laclau, Ernesto

Title: La articulación y los límites de la metáflora

Source: Stud Polit 20 S 2010 p. 13-38

ISSN: 1669-7405

Publisher: Universidad Catolica de Cordoba

Rectorado-Campus-Camino a Alta Gracia km 7 1/2 (5017), Cordoba, Republica

The magazine publisher is the copyright holder of this article and it is reproduced with permission. Further reproduction of this article in violation of the copyright is prohibited. To contact the publisher: <http://www.ucc.edu.ar>

This article may be used for research, teaching and private study purposes. Any substantial or systematic reproduction, re-distribution, re-selling, loan or sub-licensing, systematic supply or distribution in any form to anyone is expressly forbidden. The publisher does not give any warranty express or implied or make any representation that the contents will be complete or accurate or up to date. The accuracy of any instructions, formulae and drug doses should be independently verified with primary sources. The publisher shall not be liable for any loss, actions, claims, proceedings, demand or costs or damages whatsoever or howsoever caused arising directly or indirectly in connection with or arising out of the use of this material.